

Del antro oscuro sutil se aleja,  
Cual un suspiro, suspiro blando;  
Tras sí un perfume celeste deja,  
Ve hácia el Calvario do está la cruz.

Bajo las ramas del té y canelo  
La guardia toda dormida está:  
Y mil querubés sobre la roca,  
Flotar dejando su blanco velo,  
Ponen un dedo sobre la boca,  
Dulce silencio para indicar.

Más que mil soles, resplandeciente  
Sobre la loza, Jesús se ve;  
Sus ojos brillan con luz preciosa,  
Rayos despide su tersa frente,  
Su vestidura blanca ondulosa  
Plateada brilla sobre su pié.

Más casi al punto desaparece  
Sin que allí quede luz ni fulgor:  
Se sienta un ángel sobre la tumba:  
Vacila el orbe, y se estremece,  
En sus entrañas la tierra zumba,  
Y huye la guardia con gran pavor.

## CAPITULO XXII.

## DESPUES DE LLORAR.

¡Dora el sol las cimbras de los montes con  
los primeros reflejos que despide de su diamanti-  
na corona!

El gorjeo de las aves comunica alegría al huér-  
to donde estuvo sepultado el Hijo de María.

Una mujer, hermosa sobremanera; pero páli-  
da como el nardo, se halla sentada á corta distan-  
cia del sepulcro.

De sus ojos grandes, azules y bellos como el  
cielo de la Palestina, corren abundantes lágrimas,  
que van á perderse entre los ondulantes rizos que  
ruedan sobre su alabastrino cuello.

Suspiros mil se escapan de su pecho para  
perderse en la inmensidad.

¡Qué hace allí? Alma enamorada y tierna  
espera encontrar á su Amado; pero su Amado no  
parece.

¡Oh! exclama, ¿donde podré encontrarte á  
Tí, centro de todas mis delicias? ¿Cuándo me se-  
rá dado volver á mirar tu divino semblante?

¡Enemigos terribles te han arrebatado de  
mis ojos, sin ver que eras tú, la luz de su pupila!

«Mi corazón es hoy un desierto árido donde  
«solo hay lágrimas y suspiros.

«¡No me apartaré de este sitio hasta encon-  
«trar tus huellas!

«¡El astro de la noche me hallará llorando  
«como me encuentra el día! ¡mas mi afligido espí-  
«ritu no descansará hasta encontrarte!

«El sol no tiene el fulgor de tus ojos, ni las  
«magnolias el perfume de tu aliento, ni el almíbar  
«la dulzura de tu voz.

«¡Todo cuanto me cerca es triste: todo cuanto  
«me rodea tiene el sello de la muerte!

«El murmurio del Torrente resuena en mi al-  
«ma como un gemido lúgubre y continuado.

«El ruido de la ciudad me cansa sin tu amor  
«que es mi felicidad; por eso vengo à sentarme  
«bajo estas solitarias palmeras, desde donde do-  
«mino el sitio en que te dejé.

«Aromas esquisitos he traído para ungirte  
«como te ungió en la casa de Simon Fariseo.

«¡Pero, ¡ay! en vano han sido mis afanes!

«Como las tórtolas, á quienes el halcon arre-  
«bata al objeto de sus ansias, gemirá mi alma ena-  
«morada hasta que vuelva á unirse á su Amado.

«¡Porque mas lágrimas tienen mis ojos que  
«rocío las nubes!»

La preciosa cabeza de la enamorada mujer,  
que lloraba y dejaba salir de su alma tan sentidos  
lamentos, volvióse hácia atrás como arrastrada  
por una fuerza superior.

Un hombre se hallaba parado cerca de ella,  
hacia gran rato.

«—¿Por qué lloras mujer? le preguntó con dul-  
«ce voz.

«—Lloro porque el cuerpo de Jesus ha sido  
robado de ese sepulcro; lloro porque no le encuen-  
tro, porque mis ojos le buscan en vano; pero vos  
sois el hortelano de este huerto, decidme donde  
se halla, decidme donde le habeis puesto; si no  
quereis que muera de pena en este apartado lugar.

«—¡María!! exclamó el desconocido fijando en  
ella sus grandes y divinos ojos.

Magdalena, pues era ella, al poder de aque-  
lla palabra cayó de rodillas á los pies de Jesus; les  
bañó con sus lágrimas: le manifestó con sus pa-  
labras todo el amor de su alma, y trató de tocar  
con su mano las orlas de su blanco manto.

Pero Jesus levantando una mano hácia ella,  
le dijo:

«—No me toques, María; conozco la inmensi-  
dad de tu amor, y he leído en tu alma, mejor que  
tú misma los sufrimientos de ella. Levántate; ya  
es hora de que mis Apóstoles, sepan que he resu-  
citado segun las escrituras. Dí á Pedro que me  
has visto y que pronto estaré sentado á la dere-  
cha de mi Padre.

Al terminar estas palabras desapareció el  
Señor.

Magdalena sin perder un momento fué en bus-  
ca de los Apóstoles; pero éstos dudaban de la ve-  
racidad de sus palabras, y la trataban de visio-  
naria.

Magdalena volvió al sepulcro, y encontró cer-  
ca de él, á María Salomé, Juana y otras piadosas

mujeres, que habian tenido la dicha de ver tambien al Señor.

Segunda vez se presentó con ellas á los Apóstoles para dar testimonio de su veracidad; pero aunque Pedro creyó, los demas se negaron á creer.

En esta alternativa propuso Pedro á los demas Apóstoles ir á Galilea, donde el Señor habia prometido encontrarles despues de su resurreccion.

Llegada la noche se dispersaron por temor á los judíos, y se dirigieron á Galilea por distintos senderos.

#### SUPLICA

¡Oh Jesus mio! cuán grandes é innumerables son los beneficios que dispensas á las almas que verdaderamente te aman, y lo dejan todo para ir en pos de Tí! Quisiera, Señor, amarte como te amó Magdalena, y buscarte con la fé con que te buscaron las Marías, para merecer como ellas, la gracia de mirar tu semblante y de bañar con mis lágrimas tus sagrados pies. Enciende, Señor y Dios mio, mi corazón; tú sabes que deseo amarte como eres digno de ser amado: apártale del amor al mundo para que solo viva en Tí, centro de toda perfeccion. Amén.

#### CAPITULO XXIII.

### LA ASCENSION.

María Virgen, la misteriosa flór de Nazareth, fué la primer persona á quien Jesucristo se apareció despues de su resurreccion, que fué el domingo. Los Apóstoles le vieron varias veces durante cuarenta dias que permaneció sobre la tierra, despues de ella; pero su amantísima Madre no dejó de verle un solo dia.

Y era natural, porque sabemos que Jesucristo recompensa de una manera espléndida los sufrimientos de los que le aman.

¿Y quién le amó nunca, ni le amará, como le amó María, que no solo le vió y le oyó como los Apóstoles sino que tuvo la incomparable dicha de ser su Madre, de alimentarlo con su sangre purísima, de llevarlo en su seno y en sus brazos, de guiar su infancia, de seguirlo mas tarde hasta la cumbre del Calvario y de fecundizar con sus inocentes lágrimas el árbol augusto de la Redencion?

¡Sus dolores y su amor fueron inmensos; inmensos debian ser sus regocijos!

No podia el Señor presentarse á los otros dejando á su santísima Madre en el olvido, devoran-